

Lo que sea de cada quien

Una fotonovela de Julio Cortázar

Vicente Leñero

—Mira esto, acaba de llegar por el télex.

Julio Scherer me tendió el mensaje en el que Julio Cortázar protestaba porque aún no le habían enviado un solo dólar por sus derechos de autor de *Fantomas contra los vampiros multinacionales*, editado un año antes, en 1975, por aquella editorial Pepsa de *Excélsior* que Ignacio Solares y yo coordinábamos.

—Lo del dinero no es asunto mío —respondí a Julio.

—Yo no sé de quién, pero tú arrégalo. Ya, ahora mismo.

La historia del libro-folleto de Cortázar era pintoresca. Un escandaloso escritor metido a la elaboración de cómics, Gonzalo Martré, ideó en la popularísima serie de *Fantomas* un gracioso episodio en el que ese personaje copiado de Batman, de Superman, del Santo enmascarado, descubría un complot de vampiros decididos a acabar con los libros, un poco en la tónica de *Fahrenheit 451*, la novela de Ray Bradbury. En los coloridos cuadros del cómic se veía a *Fantomas* enterándose de la desaparición de libros, de la quema de bibliotecas y de las amenazas recibidas por famosos intelectuales que aparecían en las páginas torpemente dibujadas: Julio Cortázar, Octavio Paz, Alberto Moravia, Susan Sontag. Los desolados intelectuales pedían auxilio (“Un

libro más y me degüellan, *Fantomas*”, le decía Cortázar) y el enmascarado tomaba de inmediato cartas en el asunto. En diez páginas más conseguía detener la catástrofe cultural.

Mostré el cómic a Scherer, y Scherer, divertido, captó el ángulo periodístico de la historieta. Pidió entonces a Pedro Álvarez del Villar enviársela a Cortázar y preguntarle si estaba dispuesto a responder al chiste. Cortázar respondió que sí con prontitud. En un par de meses escribió una picante noveleta de cuarenta páginas en la que glosaba el cómic, reproducía algunas de sus imágenes, agregaba otras, y terminaba demostrando que los verdaderos enemigos de América Latina no eran los vampiros de *Fantomas* sino los empresarios vampiros de las multinacionales, junto con los gobiernos militares denunciados por el Tribunal Russell con base en los testimonios de torturados y perseguidos durante la guerra sucia. Una noveleta política, al fin de cuentas.

Editamos el libro-folleto del que rápidamente se vendieron veinte mil ejemplares. Para cobrar por fin el cheque de sus regalías, que él había decidido donar precisamente al Tribunal Russell, Cortázar aprovechó su viaje a México en junio de 1976 —muy próximo ya el golpe de Echeverría contra *Excélsior*— y se presen-

tó en el despacho del director para recibir el cheque.

Julio el periodista y Julio el escritor charlaron un buen rato, felices por el encuentro. Yo nomás los escuchaba.

Cuando Cortázar se despidió de su tocayo me ofreció a acompañarlo hasta el restaurante Jena, frente a la glorieta de Colón, donde el novelista tenía una comida. Como aún era temprano para su cita nos detuvimos en La Calesa a tomar un café. Ahí me confió Cortázar su interés por los cómics, por la cultura popular, por los juegos literarios que él había cultivado en *Último round* y *La vuelta al día en ochenta mundos*. Ahora traía entre manos un experimento que me asombró. Estaba trabajando sobre una fotonovela: uno de aquellos pasquines que tanto circulaban entonces en Buenos Aires —también en México, le dije. Su experimento consistía en conservar en su totalidad los cuadros de una fotonovela romántica elegida al azar, tal cual, sin suprimir una sola imagen, pero alterando por completo los textos cursis de los globos y las más cursis acotaciones narrativas. A punta de palabras intentaba contar una historia ajena a ese romanticismo fácil del género, una historia dramática —un poco *thriller*, un poco relato político— para dar así una vuelta de tuerca brutal a la cursilería.

En los coloridos cuadros del cómic se veía a *Fantomas* enterándose de la desaparición de libros, de la quema de bibliotecas y de las amenazas recibidas por famosos intelectuales.



—Es un intento de convertir la subliteratura en literatura—dijo con entusiasmo.

—¿Y se puede?

—Es complicado pero creo que se puede. Ando obsesionado con ese proyecto. No pienso en otra cosa.

Volví a ver a Julio Cortázar cuatro años después. Ya no existía *Excélsior* pero existía *Proceso*.

Cortázar había viajado nuevamente a México para fungir como jurado de aquel premio de novela convocado por *Proceso* y la editorial Nueva Imagen de Guiller-

mo Schavelzon. El jurado era de lujo: Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Julio Scherer García, Jean Casimir, Ariel Dorfman, Theotonio Dos Santos, Pablo González Casanova, Augusto Roa Bastos y René Zavaleta.

Cortázar se presentó en el hotel Cocoyoc, donde se reunió el jurado para deliberar, acompañado de la que fue su última mujer: Carol Dunlop. Ambos vestían idénticos con ropa color caqui, junisex! Presumían semblantes felices de luna de miel.

Aproveché un receso de la reunión de jurados para preguntarle sobre su fotonovela:

—Tu experimento aquel de cambiar los globos y convertir la subliteratura en literatura. ¿Te acuerdas?

Tardó un rato en acordarse.

—Ah sí, cómo no.

—¿Y pudiste?

—No, finalmente no pude vencer la cursilería—sonrió Cortázar mientras arqueaba su larguísimo brazo para estrechar con cariño a Carol Dunlop. **||**